



ics
Universidad
de Navarra

Instituto Cultura y Sociedad

**VIII Encuentro Anual del Instituto Cultura y Sociedad ICS:
"Vínculos sociales y desarrollo (II): Vínculos familiares"
21 noviembre 2018**

Apertura
Ana Marta González

Dentro del amplio marco temático de "Vínculos sociales y desarrollo", que aglutina de algún modo la actividad investigadora que llevamos a cabo en ICS, hemos convenido en dedicar nuestro *Encuentro anual* a examinar el estado de los vínculos familiares en un contexto marcado -es ya un tópico decirlo- por acelerados cambios sociales.

Sin duda, en esta aceleración ha desempeñado un papel importante la tecnología. Sin embargo, conviene tener en cuenta que **hablando de la velocidad de los cambios sociales no hablamos en primer término de fenómenos externos a nosotros, sino de nuestra propia experiencia**: lo que en definitiva se ha acelerado es el ritmo de la vida social, la cantidad y la velocidad de las interacciones sociales de las que formamos parte, y a las que consideramos difícil sustraernos, sin sacrificar algo que, entre tanto, ha llegado a formar parte de nuestro yo. Por interesantes que resulten las invitaciones a llevar una "slow life", para la mayoría de nosotros no dejan de suponer un ejercicio de voluntarismo, prácticamente insostenible a menos que nos empeñemos también en modificar el entorno que nos rodea, lo cual no puede realizarse sin involucrar a otros agentes sociales.

Como ya viera **Simmel**, la modernidad se caracteriza especialmente por su ambivalencia. Mientras apreciamos todas las posibilidades que despliega ante nosotros, no podemos dejar de observar también la erosión de formas de vida comunitarias más o menos tradicionales, y de costumbres inveteradas que se vuelven obsoletas porque se ha esfumado el contexto social más amplio en el que tenían sentido.



Lejos de ser algo evidente, la **importancia estructuradora de los vínculos familiares para la vida social compite hoy con intensos procesos de individualización**. En una sociedad que ya no se comprende con las pautas de la generación precedente, y que tiende progresivamente a remplazar el lenguaje de los vínculos por el más fluido de las “relaciones”, resulta obligado a repensar la naturaleza y la dinámica de aquellos vínculos.

En este marco, sería ingenuo perder de vista el modo en que el entorno socioeconómico condiciona el desarrollo de la vida familiar. A comienzos de los años 2000, en un artículo luego recogido en el libro “La mercantilización de la vida íntima. Apuntes sobre la casa y el trabajo”, **Hochschild** describía del siguiente modo la interacción entre estatus socio-económico y modelos familiares:

“En la cima de la escala social es más probable que encontremos un *modelo tradicional* en el que la casa y el trabajo exhiben atractivos diferenciados por género: el trabajo es para los hombres y la casa es para las mujeres. Este modelo parece estar dando paso de manera creciente a un *modelo tradicional modificado*, en cuyo marco las mujeres tienen empleos de medio tiempo y los hombres trabajan a tiempo completo.

En un nivel más bajo encontramos el “*modelo del refugio*”, según el cual el trabajo es un mundo despiadado y la familia continúa equiparándose a un refugio: muchos trabajadores fabriles y otros obreros encajan en este modelo, y la proliferación de empleos de bajo salario y mínima seguridad puede conducir a que existan más familias de este tipo.

Entre las parejas formadas por profesionales y empleados gerenciales encontramos fuertes indicios del modelo del trabajo semejante a la casa y la casa semejante al trabajo.

En la base de la escala social aparece el *modelo ‘doblemente negativo’*, de acuerdo con el cual ni la red de parientes ni los compañeros de trabajo brindan un anclaje emocional al individuo, sino más bien una pandilla, compañeros de copas en el bar u otros grupos similares.

En todos los niveles –quizá tanto por azar como por planificación y circunstancias- encontramos el *modelo milagroso*: la pareja con doble



ingreso y el tan anhelado equilibrio entre la casa y el trabajo.

El predominio de un modelo de familia y trabajo depende en parte de la fuerza adquirida por las presiones externas que se ejercen tanto sobre la familia como sobre la economía. Una de las tendencias que se observan actualmente en la economía estadounidense se orienta hacia la consolidación cultural de la vida en torno al trabajo: hacer del lugar de trabajo una pequeña ciudad donde se satisfagan todas las necesidades. De manera encubierta, dicha tendencia conduce hacia el *modelo de mundos invertidos*¹.

Con esa expresión “mundos invertidos”, que no describe únicamente el escenario americano, sino, progresivamente, también el nuestro, **Hochschild** se refiere a lo extraño de un mundo donde *el trabajo se convierte para muchos en el hogar, y el hogar se vivencia principalmente como trabajo*². Con ello apuntamos a una de las más llamativas paradojas de la modernidad tardía, resultado del *conflicto entre determinados ideales culturales y tercas realidades sociales y económicas*.

En efecto, los factores culturales y sociales de modernización no están necesariamente sincronizados. De hecho, en nuestro tiempo es fácil advertir la coexistencia de inercias tradicionales e ideales modernos de razón, igualdad y libertad, entreveradas con prácticas de consumo postmodernas, inspiradas no tanto por consideraciones de utilidad y eficiencia cuanto por aspiraciones y relatos románticos de auto-expresión e identidad. Desmenuzar analíticamente estas inercias, estos ideales, estas prácticas y relatos, es una tarea necesaria para comprender mejor el mundo en el que estamos inmersos y las claves que se han de pulsar para orientarlo en una dirección más humana.

De diferentes maneras, **Eva Illouz** y **Richard David Precht** han

¹ Hochschild, “La geografía emocional y el plan de vuelo del capitalismo”, en *La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y el trabajo*, Katz, 2008, 302-3.

² En su libro *Anger. The struggle for emotional control in American history*, Stearns&Stearns (The university of Chicago press, Chicago and London, 1986) se refieren al ideal de familia generado en el marco de la revolución industrial, que todavía hoy gravita sobre nuestras mentes: la familia como “refugio” seguro frente a un mundo hostil (según la expresión de Christopher Lasch). De ello se seguía una “moralidad matrimonial” específica, que descansaba principalmente sobre el trabajo emocional de las mujeres: ninguna disputa podía considerarse de poca importancia, pues cualquier diferencia podía poner en peligro la paz y el sosiego esperable de ese santuario. Pero el mundo exterior ha cambiado mucho desde finales del siglo XIX, y ahora son legión las personas para las que ocurre exactamente lo contrario: el trabajo se experimenta como hogar, y el hogar se experimenta como trabajo.



mostrado las paradojas a las que se enfrentan los individuos cuando tratan de dar forma a persistentes aspiraciones humanas con los ideales y estrategias culturales que el mundo contemporáneo pone a su disposición. Así, en su libro, *Por qué duele el amor*³ Illouz muestra cómo el amor romántico tal y como lo viven hombres y mujeres de nuestro tiempo es escenario de un proceso paradójico: por una parte, los individuos modernos se muestran mejor pertrechados que sus predecesores para tolerar repetidas experiencias de abandono, rupturas, engaño o separación, en la medida en que se ven capacitados para reaccionar ante tales experiencias con desapego, autonomía, hedonismo, cinismo e ironía. ... Por otra parte, sin embargo, precisamente porque han desarrollado esta clase de estrategias, se han privado a sí mismos de la capacidad de amar con pasión⁴. Ello tiene mucho que ver con el hecho de que los individuos, por sí solos, se ven enfrentados a **la difícil tarea de conciliar, en el interior mismo de una relación, su deseo de autonomía con el deseo de reconocimiento**. Por su parte, **Precht**, hace notar cómo hoy gustamos de pensar juntos amor, enamoramiento y sexualidad,

“... como si se tratara de una unidad, como si el amor romántico fuera la norma y no la excepción. Creemos en él -dice- como en épocas anteriores se creía en el buen Dios. Y *todavía seguimos soñando con recorrer este camino sagrado, el último que queda, en un carruaje familiar, sin que sus ruedas escarben y destrocen la venerable senda*. Pero en realidad todo vuelve una y otra vez a volar en pedazos: para el amor en el sentido de vínculo y comprensión puede ser bueno que en la vida del compañero de pareja no cambien demasiadas cosas fundamentales; para el amor como anhelo de estímulo y emoción no hay nada mejor que una relación cambiante y que plantee de continuo nuevas demandas al compañero. En una relación turbulenta el compañero añora constancia. En una relación tranquila, cambio y emoción; si es que todavía le importa el amor y no sólo el compañerismo. Las relaciones son, pues, o demasiado escabrosas o demasiado aburridas; entremedias ha de quedar lo que se llama ‘amor verdadero’. Desde el punto

³Illouz, E., *Por qué duele el amor*. Katz, 2012.

⁴Illouz, E., o.c., p. 428.



de vista biológico deseamos un concierto de violines, guitarras eléctricas, arpas y timbales. Queremos las tormentas de la dopamina y la tranquilidad de la serotonina. Queremos la suave melodía del sentimiento de amparo oxitocinal y los redobles de tambor de la feniletilamina”⁵.

En efecto, si bien formar una familia estable continúa figurando para muchas personas como uno de los ideales directivos de la vida, esta idealización, surcada en sí misma por profundas tensiones, contrasta llamativamente con la realidad cotidiana de muchas familias, sujetas a presiones culturales y sociales que resulta difícil gestionar con solo buena voluntad. Sacar adelante una familia, generar un entorno propicio para el desarrollo de personalidades maduras no resulta hoy una tarea sencilla. Desde esta perspectiva, el hecho de que, desde los años 80 y 90 la familia represente un ideal compartido e incluso públicamente reforzado, constituye, como bien sugiere **Precht**, más un ejercicio de “voluntad y representación” que una realidad sociológicamente pujante:

“En la Alemania de hoy la familia no es ninguna obviedad, sino un ideal, una representación, un sueño romántico, y no en último término una invención de la publicidad. En la praxis vivida, la familia ideal es tan infrecuente como el matrimonio ideal. Y esa situación no cambia en absoluto por el hecho de que muchas familias incipientes participen en la fantasía colectiva de la familia y la sigan alimentando... En la vida diaria de una familia, con todos sus compromisos e inconvenientes, ese ideal se pone a prueba muy a menudo. Hay que moverse entre dos polos: o se va corrigiendo paulatinamente la propia representación ideal de la familia, o se aferra uno al ideal y se aleja en la misma medida de su pareja, que no cumple su papel como estaba previsto...”⁶.

En efecto: esa idealización podría llegar convertirse en fuente de una tiranía peculiar, que deja en la cuneta al otro, a los otros, cuando no se ajustan

⁵Precht, Richard David, Amor: un sentimiento desordenado, Siruela, 2012.

⁶Precht, R.D., o.c., p. 327.

a las propias expectativas. Se entiende entonces que **Fromm** dijera que el amor no es solo destino sino también **trabajo**⁷, y trabajo cotidiano.

Precisamente en este contexto **se impone una seria reflexión sobre la familia**: una reflexión sobria y realista que, como diría **Donati**, ponga de relieve la naturaleza de los bienes **y males** relacionales, que emergen en el contexto de las relaciones familiares. Se impone dirigir el foco a la dinámica de las relaciones familiares propiamente dichas, esquivando la tentación de reducir la bondad de dichas relación a la bondad de los sujetos de dicha relación: pues **es una cuestión de experiencia que no siempre personas buenas generan relaciones buenas**.

A este propósito, vienen muy al caso las reflexiones de **Margaret S. Archer**, en el marco del seminario sobre *Social Bonds and Personal Identity*, que tuvo lugar hace escasamente un mes en ICS. Dado que en pocos meses será investida con el Doctorado Honoris Causa por nuestra Universidad, a propuesta de ICS, me ha parecido oportuno referir aquí algunas ideas apuntadas en su intervención, que pueden servir como pórtico para nuestras reflexiones en esta jornada.

Decía **Archer** que hoy ya no puede afrontarse la formación de la personalidad como se hacía hace algunas décadas y todavía hoy perdura en algunos manuales cuando se habla de “internalizar” un orden social o cultural preexistente, casi como si por su mera exposición a la vida social el niño absorbiera de forma automática los ideales culturales y las pautas de conducta con las que regir su comportamiento. Si alguien pudo erróneamente pensar alguna vez que el proceso de socialización y formación de la personalidad tenía lugar de forma automática, hoy resulta evidente que no es así: **la fragmentación social y el pluralismo cultural existentes hacen muy difícil pensar que dicho proceso tenga lugar sin tomar muy en serio la capacidad reflexiva de las personas**. Desde edad muy temprana, el niño está expuesto a criterios muy distintos: los que recibe en su casa -que pueden

⁷From, citado por Preceth, p. 247.

ser diversos entre sí- los que recibe por los medios de comunicación, los que recibe en la escuela y en la calle... Resolver todos estos elementos en una unidad coherente con la propia posición en el mundo no puede hacerse sin reflexionar, y sin involucrar a los agentes sociales relevantes en **una reflexión que ponga en claro las responsabilidades de cada cual en la tarea educativa, sobre la base de una idea elemental: los niños son personas y, como tales, no son propiedad de nadie: no son propiedad de sus padres y mucho menos del estado. Son fines en sí mismos, que no es lícito manipular, subordinándolos a la realización de cualesquiera utopías sociales, por lo demás discutibles.** En este sentido, lo que **Archer** denomina “the reflexive imperative”, el imperativo de la reflexión, no se limita al plano individual, sino algo que debe hacerse extensivo a las familias, a las instituciones educativas, a la sociedad en su conjunto. ¿Qué significa educar?

De todos modos, es indudable que no habrá sociedades reflexivas sin personas reflexivas. Y es **en el contexto de las relaciones familiares donde el niño se ve confrontado en primer término con la necesidad de priorizar entre varias cosas que le interesan, y construir con todas ellas algo coherente.** Esta tarea plantea retos singulares si los mensajes que recibe de sus cuidadores inmediatos son incongruentes, pues esto puede redundar en una menor seguridad del niño a la hora de afrontar la diversidad de mensajes que encuentra también fuera del hogar.

En sus investigaciones empíricas, **Archer** ha observado cómo la distinta calidad de las relaciones que experimenta el niño en el hogar influye decisivamente en el modo de reflexividad que posteriormente desarrolla de forma preferente en sus relaciones con el mundo. Así, en jóvenes que se incorporaban a la universidad, y que definían como altamente satisfactorias en su familia, detectó una mayor inclinación hacia un modo de **reflexividad comunicativa**: son personas que cuentan con otros para orientarse en una nueva situación, y también una tendencia a reproducir casi sin pensar el modelo de familia que vivieron en sus casas. También entre jóvenes que definían como generalmente satisfactorias las relaciones familiares, sin dejar



por ello de identificar aspectos mejorables, identificó lo que ella califica de **“meta-reflexividad”**: son personas más dispuestas a evaluar críticamente sus propias posturas, y a pensar modos efectivos de cambiar las cosas a mejor. En cambio, entre jóvenes que tenían una experiencia ambivalente de las relaciones familiares advirtió el predominio del modo de **reflexividad autónoma**: una actitud que, en lenguaje castizo viene a coincidir con aquello de “Juan palomo, yo me lo guiso yo me lo como”. Finalmente, entre aquellos que procedían de familias claramente disfuncionales, y que apenas pensaban en otra cosa que en abandonarlas, identificó el predominio de un modo de **“reflexividad fracturada”**: dificultad para orientar sus pensamientos ante cualquier reto reflexivo.

Naturalmente, todos experimentamos el predominio de uno u otro modo de reflexión según las circunstancias. Con todo, advertir la correlación entre la calidad de las relaciones familiares y modos de reflexividad específicos no deja de ser iluminador, precisamente porque nos muestra el modo de relacionar **vínculos y desarrollo, no solo personal sino social**. En efecto: en los tiempos que vivimos, tenemos una necesidad particularmente imperiosa de “meta-reflexivos”: personas capaces de reflexionar críticamente sobre el tipo de relaciones que entablan con los demás, y su capacidad de generar lo que el sociólogo de las emociones **Thomas J. Scheff** llama “vínculos sociales seguros”, vínculos que acogen sin absorber, sin anular la libertad y la individualidad de las personas; **vínculos que enriquecen las vidas de quienes participan de ellos, porque dan lugar a bienes nuevos, que de ninguna manera podría cada uno alcanzar por separado; vínculos que contribuyan de forma creativa al desarrollo integral de las personas y de la sociedad.**

Pienso que una jornada como esta, dedicada a compartir ideas con nuestros colegas, constituye el entorno apropiado para reflexionar conjuntamente sobre la naturaleza creativa de los vínculos, y explorar sus muchas virtualidades, para el desarrollo personal y social en las condiciones de la modernidad tardía.



ics
Universidad
de Navarra

Instituto Cultura y Sociedad

No me queda sino agradecer a todos vuestra presencia y participación en este nuevo Encuentro Anual; y de forma especial a Javier G. Manglano y Cristina López del Burgo por su labor de coordinación de esta jornada y a la administración de ICS por su eficaz asistencia en la organización.